

En una editorial joven y entusiasta, fundada en Almería en 2009 por José Jesús Forniéles Alférez, Alfonso Forniéles Ten y Javier Forniéles Ten, y caracterizada por el mimo con que cuidan sus propietarios todas y cada una de sus publicaciones, aparece en librerías la cuarta de las novelas de Gabriel Albiac (Utiel, Valencia, 1950), escritor, ensayista, columnista de prensa y catedrático de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid. Albiac nació el mismo año que yo. Lo conozco desde que los dinosaurios poblaban la tierra, y es sabido que ese linaje de lagartos terribles se extinguió, aproximadamente, hace sesenta y cinco millones de años (sesenta y cinco son, por cierto, los años que cumplió Albiac en el pasado mes de mayo, y sesenta y cinco los que yo cumpliré, Dios mediante, el próximo 29 de diciembre).

Digo esto porque las claves que desvelan los misterios creativos de Gabriel no son, en mi calidad de estricto coetáneo suyo, ajenas a mi experiencia y a mis vivencias personales, dado que su escritura ensayística y narrativa –como todas, pero acaso un poco más que el resto– es «palabra en el tiempo», reflejo fidelísimo de la época turbulenta que le ha tocado en suerte vivir.

Fuerza interior

Leyendo al Albiac ensayista y al Albiac narrador nos sumergimos en la atmósfera temporal que envuelve la Historia de España de la segunda mitad del siglo XX, un período que Gabriel habitó en su juventud con un ímpetu muy especial, una intensidad trufada de gallardía y una buena voluntad sin límites, cayendo incluso en su momento en el inevitable engagement sartriano, como exigían los cánones de nuestra generación.

Fue con motivo de unas pintorescas lecturas platónicas colectivas en un chalé de Pozuelo de Alarcón como apareció en mi vida un melenudo y barbado Gabriel Albiac, a quien la inextinguible Dalila del paso del tiempo ha rapado del todo, pero, eso sí, sin arrebatarse un ápice de la fuerza interior que sigue brillando en él como entonces, cuando teníamos veinte años. Dotado de una inteligencia fuera de lo común, adornado con unas dotes dialécticas extraordinarias, investido de una ironía demoleadora y a la vez en-

Gabriel Albiac, choque de mundos

A caballo entre el género negro y la narrativa de espías, Albiac ofrece en «Blues de invierno» una novela indispensable. Un cruce de ciudades y destinos, un pulso entre servicios de inteligencia



ISABEL PERMUY



UNA FECHA IMPOSIBLE DE OLVIDAR
«Blues de invierno» se mueve entre dos ciudades, Madrid y Nueva York, y tiene los atentados de 11-M como uno de los acontecimientos centrales. Arriba, una cámara de seguridad graba el momento de la explosión en la estación de Atocha

trañable, iba a decir que Albiac es uno de nuestros intelectuales más relevantes, pero no lo digo porque lo admiro y lo quiero mucho, y no me parece ni oportuno ni decente endilgarle ese calificativo, «intelectual», tan execrable. Quédese, pues, la cosa en que la cabeza de Gabriel es la maquinaria de un Rolex auténtico, de esos que regalan, para empezar a hablar, los jeques árabes a los

que van a hacer negocios con ellos.

Para escribir novelas es aconsejable tener en la cabeza ese tipo de maquinaria de alta precisión. Y si la novela es un híbrido de novela criminal y de novela de espionaje, como

cuerda los plots de un Poe o de un Bioy Casares (por lo menos). En lo que cuenta no se parece a nadie salvo a él mismo, pues lo que pasa en la novela solo se le puede ocurrir a un cerebro privilegiado y, a la vez, exorbitante (la máxima délfica «nada en exceso» se convierte aquí en «todo en exceso», y ese es uno de los muchos encantos que exhibe la trama) como el suyo.

El local neoyorquino *Winter Blues* (trasunto inventado por Gabriel de un bar de jazz real, el *Blue Note*, en el Village) es uno de esos lugares donde se forjan mitos contemporáneos a partir del alcohol, el trapicheo de estupefacientes, una música bien escogida y negocios de alto –de muy alto– bordo. Está muy bien elegido el título de la novela a partir del rótulo de ese

local, porque, de alguna forma, el *Winter Blues* viene a ser un trasunto del mundo. Un mundo en el que chocan, como es habitual, los dos trenes de

siempre: el de los personajes abocados a una muerte próxima, no solo por edad sino también por mero cansancio de vivir (y aquí estarían Pablo, Jorge y Julia), y aquel en el que viajan dos mujeres jóvenes venidas de ninguna parte, Yuki y Yanna, representantes de un mundo desalmado en el que no hay ideas por las que luchar, sino un vacío «hecho de nada y donde nunca» (por emplear un verso de Cirlot).

Nos encontramos, primero, en Madrid y, luego, en Nueva York, en marzo de 2004. Se va a producir en la estación de Atocha el ataque terrorista del 11-M, uno de los acontecimientos centrales de la novela, aunque aparezca enmascarado. Los servicios de inteligencia –da igual quién los maneje o a qué potencia pertenezcan– marcan el ritmo de cuanto acontece en nuestro malhadado planeta.

Alta bibliofilia

Dos amigos crepusculares, Pablo y Jorge, en compañía de Yuki, una delicada y exótica prostituta a la que han invitado a pasar unos días en la ciudad de los rascacielos, tropiezan por azar en el aeropuerto JFK de Nueva York con una antigua amiga de los dos hombres, la juez Julia, con quien habían compartido ideales y alguna cosa más cuando eran jóvenes. Allí se toparán con una conspiración que acabará engulléndolos en su *maelstrom*.

En el interín asistimos a unas deliciosas conversaciones de alta bibliofilia entre un *madero* español de lujo, Ricardo Uriá, que anhela poseer un ejemplar de una rarísima edición del *Rappel des Luifs*, de Isaac de La Peyrère, y un cultísimo agente de la CIA, llamado en clave Carlos, que conoce muy bien las debilidades de su interlocutor como coleccionista de *Iudaica*.

Creo no haberles revelado ninguno de los muchos interesantísimos misterios que jalonan la novela. A caballo, como ya he dicho, entre el género negro y la narrativa de espías, Gabriel Albiac nos regala en *Blues de invierno* un libro indispensable.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

Blues de invierno Gabriel Albiac



Narrativa
Confluencias,
2015
284 páginas
19 euros